

WÁSHINGTON DELGADO
POEMAS EN PROSA Y OTROS POEMAS

ACERCA DE LAS PALABRAS

El viento de las palabras viene de aquí y de allá, sopla interminablemente, de día o de noche, por todo el mundo.

Casi no se nota sobre la superficie de la tierra, no mueve las hojas de los árboles, no dobla los juncos a la orilla del río, no arrastra briznas de hierba no riza las aguas de los grandes lagos.

El viento de las palabras sopla por los resquicios del alma y nos derriba o nos levanta o nos conmueve, por un momento o sin cesar.

A veces es la vida, a veces es la muerte, el viento de las palabras. Un día moriremos, nuestro nombre volará por aquí y por allá, antes de esfumarse para siempre. Estamos hechos del aire de las palabras y, cuando la palabra se va, no somos nada.

EN EL DULCE VERANO

Me rindo a las suntuosidades del verano: en las mañanas y en las tardes, al mediodía o en la noche, contemplo el cielo, contemplo el mar. Al amanecer se levanta una lenta neblina. No es la niebla ácida y desgarradora del invierno que nos empuja sin compasión a guarecernos bajo un techo cualquiera. Las dulces neblinas matinales del estío nos invitan a caminar sobre la arena, húmeda todavía por los besos de la noche y de la pleamar. Al mediodía el sol canta muy alto, tan alto que no se percibe su canción, pero una transpiración encrespada y salobre inunda nuestra piel. Salobre como la espuma de las olas. En las tardes, el sol llamea y crece, pinta el cielo de colores extraños y crece más antes de hundirse en las vastas aguas. En las noches del estío, una tibia brisa, llena de amor y olvido, viene del invisible mar. Estas son las suntuosidades del verano: yo las contemplo o me sumerjo en ellas con placer.

Y no pienso en mí mismo porque nací en invierno y siempre me he sentido un pequeño pedazo del tiempo invernal.

MAÑANAS

Amo la frescura de las mañanas, tiernas en primavera, pálidas en el otoño. Amo el cálido rubor del alba en el estío y las gélidas neblinas matinales del invierno.

La vida de las mañanas es tan pura como el canto de un ángel. El amor de las mañanas es tan leve como el sueño de una muchacha núbil. La temblorosa serenidad de las mañanas discurre como los dulces ríos del edén.

Las esquivas de la mañana sobrepasan, a veces, el mediodía y llegan hasta la noche para avivar nuestros latidos, para que brille más nuestra alegría.

El cielo que soñamos debe ser la paz de una mañana eterna. Eterna y siempre fresca, siempre iluminada y tierna, siempre dulce y neblinosa siempre con un temblor de cascabeles que nos alegre el alma.

HOMBRE DE PIE

Con una mano descosida y a riesgo de que se desparrame su interminable acopio de falanges, señalo entre verticales parpadeos un horizonte perpetuamente deshecho, perpetuamente agonizante, perpetuamente otro. Y cuando el horizonte se transforma en dentellada, en recordación lamentable, en ópera de viejo y grande estilo, mis párpados se agitan más todavía, hasta que el aire se retira en busca de ojos menos precipitados y continuos. Impacientados ojos, apaciguadas manos, únicas coordenadas son que me atestiguan, los demás órganos sobran y dejan caer sombras vacías en cascada o caen ellos mismos, con un tintineo que no es horizontal ni vertical sino apenas una empinada costumbre; sin memoria, sin mañana, sin una letra siquiera de pasión desconocida.

Con una mano descosida, con un disconforme pie, hace tiempo cercenado, yo contemplo impávido el aire muerto y señalo un horizonte tan sabiamente tendido que con todos mis párpados, lágrimas y pestañas no alcanzo a circundarlo y mi mano termina por señalar al revés y, convertida en ojo, parpadea también, desconsoladamente, bajo la luz sin aire ni medida.

LACHRIMA CHRISTI

Si los dioses lloraran, yo podría ser un dios y bebería este vino con el placer redoblado de estar saboreando mi propia sustancia, mis líquidos más delicados y preciosos. Que solemne estupidez no ser dios y estar condenado a vivir entre gentes vulgares, incapaces de apreciar la tenue dulzura de un vino celestial. Sólo y perdido en una taberna miserable, me enfrento a mi propia grandeza: el traje sucio y raído, la cabellera enmarañada, los ojos enrojecidos después de diez noches sin dormir, ¿quién podría negar que soy un dios? Tontamente permanezco sobre la tierra de los muertos, en el albergue de los réprobos, a la mesa de los abandonados. No puedo separarme del río de amores y compasiones que brota de mi pecho, no puedo levantarme de esta silla que cojea para recordarme la tristeza del mundo. ¿Quién vendrá a acompañarme en esta hora perdida? ¿Quién, tan desconsolado, vendrá a consolarme con mis propios consuelos? ¿Quién se asomará a mi copa rajada para contemplar la imagen de mi alma en el espejo de un alcohol insuficiente? Ay, que yo tan sólo he venido y esta mañana nunca podrá llenarse con paz ni amor, ni besos robados, ni secretas conversaciones, ni grandes gritos de júbilo en honor de los héroes y los dioses. ¿A qué plumizos, carminados caballos les crecerá una verde barba? ¿Por dónde volará la mosca del sueño, del ensueño y la muerte? En esta hora infernal me apoyo únicamente en la soledad del mozo dormido que se arrastra sobre el aserrín de esta taberna y me condena a vivir en la sequedad absoluta del mundo, en una absoluta vigilia sin lágrimas ni amores, donde sólo puedo beber la inacabable oscuridad de la noche.

LLUVIA Y LEOPARDO

Viejo y gastado leopardo penetra en mi corazón, abre las roncadas fauces oscuras y devora todas mis buenas intenciones. No atravesaré con ligeras alas los níveos cielos, no caminaré con pies de plomo por peligrosas tierras. No iré al Amazonas en busca del oro, el caucho o el petróleo, no pondré dinamita bajo la silla del alcalde, no te diré las bellas palabras que junté en noches infinitas y que acabé por olvidar. De nacaradas plumas, empinados alaridos, desorientadas moscas y vencidos aromas están repletos los días que se deslizan velozmente a lo largo y a lo ancho del tapiz. Me doy cuenta de que apenas he vivido lo suficiente para saber que no he vivido, mientras el tiempo se disuelve en el aire mojado por una imprevista y benéfica lluvia final.

JIRÓN CAILLOMA

Casi desesperadamente, como manos que se rompen contra la roca, sin encontrar salvación ni camino, he caminado al pie de una música inútil, he desechado calles, he escogido puertas, prontamente cambiadas en laberintos, en sombras, en aire echado a perder. La ciudad abrió su boca y yo conté dientes, medí palabras, descubrí intenciones y supe que hay más miseria que nombres y más nombres que bocados de pan, copos de harina, hilos de aceite, gotas de ajeno. A la medianoche el frío mordía, arañaba e insultaba a través de mi camisa sutil y única. Me hurgué los bolsillos en busca de una moneda para soñar, al menos, con líquidos calientes y países lejanos: India, Brasil, Escocia, Jerez, Kentucky. Pero no había moneda ni bolsillo ni mano sino las incontables maldiciones que, sin darme cuenta, esparcí como lluvia en el aire echado a perder por tormentas y nieves yaguas no soñadas, no soñadas jamás, alma mía solitaria y deshecha. Solamente el aire vaciado y escupido innumerables veces, solamente el aire y no otra fortaleza ni endurecido hogar de piedras familiares y heredadas en secular herencia, el aire y nada más para soportar las tempestades sobre la triste losa del recuerdo que por momentos llora o duerme por momentos, tristemente agitada en un sueño indecible y otras veces ladra con los más enconados ladridos que nunca recibió luna, fantasma o desprevenido viajero. Ladra losa, mano, piedra edificada o abatida, única construcción del mundo. Perpetua, incontenible, solitaria, única destrucción o triste fosa del recuerdo, erguida entre los fríos opuestos y cordiales de la mañana y de la tarde, oh noche, protegida por lanzas y ladridos y gimientes vaticinadores enlutados que se despluman a gritos y rasgan sus vestiduras y se proclaman angustiosísimos hijos tuyos, oh noche, oh día, oh tiempo, oh costumbres del vendedor y del atleta y del atropellado por un tumultuoso río de recuerdos, derribado boca abajo sobre la verde hierba, junto al dulce lago de los cisnes, en el Jirón Cailloma, amado por las prostitutas y los vendedores de naranjas podridas. Amén.

HABITACIÓN EN INVIERNO

Aquí las rosas incendiadas no han dejado oscura esencia ni congelado aroma en el dorso del cardo combatido por húmedas primaveras en derrota. Inútil averiguar por otros días, por otras aberturas del aire, sin acerado pico que enrolle y desenrolle los alambres del amor, sin verticales alas abiertas sobre la vacía esperanza. ¿Qué mirada decae como pluma sobre la remembranza de los amores muertos? El método no funciona y la intuición se apaga en una definitiva brisa triste. La sabiduría navegó demasiado sobre el mar y la embravecida costa ni la conoce ni la aprecia. Inútil volver a los desmoronados recuerdos, a la llamarada del beso rodeado de penumbra, al olor de las cenizas en la cocina anohecida, al bostezo redondo en los escombros de la madrugada. Inútiles las patadas en la espinilla. No existe ni el polvo de los huesos que busca mi amoroso rencor, se desangra la pesada soledad, la costa entreve rada con un mar cubierto de pájaros helados y de flores estériles. Inútil, inútil toda escapatoria. Es la hora en que suena el sordo tambor de la melancolía, rosa cautiva bajo el sol. Su perfume no durará o apenas durará lo suficiente como para abrillantar el olvido: tarántula de fuego, tigre de terciopelo. Aguda espina dorada, caída desde la noche de la desilusión a la noche de fuego de los enamorados. Redonda como un beso, abierta como una naranja, dulce como la piel de los astros, envenenada como los deseos ardientes que no se han de cumplir. La ceniza del alba y el vino de la despedida, el retorno al hogar y la casa arrendada, el país en derrota y el aire muerto. Y todo lo demás.

LA HISTORIA EN POCAS PALABRAS

Las palabras, secas, polvorientas, retorcidas ramas de un árbol quemado por infinitas brisas estivales o por un rayo invernal. Viejas palabras usadas, maltrechas, enredadas en rotas dentaduras, en marchitas ideas, en el desesperado te amo, te amo de la noche primaveral, prontamente abolido por el designio de atroz naturaleza. Madre tierra americana, viuda abandonada por un viejo marinero, te amo. No es verdad, no te amo. Aunque tal vez te amé: qué puedo decir en este océano de palabras que crecen, como pirámides de cien enloquecidas dinastías, sobre el desierto por donde corren a la muerte todos los que han hablado, pensado o escrito a favor de los dioses, en contra de los dioses o sin mencionar a los dioses. Humanidad doliente: sólo dejas el rastro de unas palabras sobre otras palabras, en un río infinito de palabras y algunas más.

TAREAS ESCOLARES

La casa reposa colmada de silencio y soledades. La madre cose a la máquina recorriendo quién qué tristes memorias. El infante navega por mares de historia, de geografía, de botánica o por las cuadrículadas aguas de una aritmética escolar. Nada lo perturba: las palabras se alinean, sobre las hojas rayadas, en un desfile marcial, los números convergen hacia nítidas soluciones, una leve sonrisa entreabre sus labios. Pasa el tiempo, una hora, dos horas. Las imaginaciones empiezan a invadir su mente, la llenan de paisajes neblinosos y saltan a la habitación convertidas en duendes, en mariposas. A la luz de la pesada lámpara de petróleo, danzan inusitadas, angulosas sombras con reposado andar de cortesanos palaciegos o con repentinas velocidades de manicomio despavorido.

La barba paterna, salida de la tumba, se extiende como una nube delicada sobre la fresca umbría donde se esconden los fosforescentes tigres de Bengala y sube después hacia nuevos planetas de pólvora y ensueño. En lo más difícil del camino, una cálida mano cae sobre la cabeza del infante como bíblica lluvia, como reconfortante maná en los puros desiertos de la infancia y la antigua voz señala el rumbo a la fértil tierra prometida, dulce sueño despojado de sombras, sin tornadizos humos, sin largas mechas, ni olor a infierno. Vendrá la mañana, el desayuno, la congoja, qué importa: este instante fecundará su alma aunque después llegue el olvido. La madre ha observado que el lápiz, hace tiempo, dejó de correr sobre el papel. “Es hora de dormir”, dice en voz alta. El infante, sonámbulo de los deberes interminables, con los ojos cerrados se encamina a su cama. Allí le espera un tibio río de sueños sin nacimiento, tiempo ni extensión.

UN ESTUPENDO DESQUITE

No son todavía las seis de la tarde y yo atravieso la ciudad persiguiendo sombras, tocando timbres, dando campanadas sin hacer caso de los semáforos ni del qué dirán. El aire me envuelve con ternura de mujer enamorada, las moscas se posan bajo mis pies con una temblorosa pasión de suicidas, las mariposas amarillas se estrellan contra mis dedos encendidos y espero la caída de todas las iglesias del mundo. En el mundo hay demasiada gente viva y demasiados muertos, un estado intermedio se vuelve urgentemente necesario. Entre tanto, no queda en la ciudad una sola sombra en pie. Los relojes se han detenido extrañamente, las angustiadas secretarías preguntan por la hora, los gerentes beben aromático café y piensan que el tiempo muerto es de gran beneficio para la industria. En realidad no saben nada de la muerte y tampoco saben qué hacer con los gusanos caídos de sus narices. A lo sumo ponderan la ventaja indudable de estar afeitados. Pero yo hago sonar timbres, platillos y campanas en veloz carrera a través del aire adormecido. Yo me divierto aún en esta ciudad barnizada con una capa de brillante melancolía. Es necesario dirigir el tránsito para que los ladrones y las buenas gentes puedan escapar a tiempo de la policía. Encamino a unos hacia la iglesia, a otros hacia el pecado. En resumen, a todos los mando al mismo infierno y me froto las manos mientras paseo por la ciudad vacía. Me he tomado decididamente el desquite y no son todavía las seis de la tarde.

PERDIDO Y NO VIVIDO

Río de polillas, oh memoria, catarata de polvo y sombra cubierta de agujeros, nunca tocaste la belleza.

Dulce edad de oro, nunca fuiste usada.

Abrí el armario y tus alas deshechas, como un turbio ramo de luz envejecida bajo mis pies, se apagaron lo mismo que la rosa caída de tus ojos azules.

Desvaído sueño, oscuro despertar, vigilia sin esperanza, historia en vano imaginada, pecho de golondrina arrebatada por un invierno inaplazable, edad de oro y aire de tu vuelo: nunca pude hallar el prado de las delicias ni topé con el ciervo por el amor herido y trasmutado en alma pura o en aire detenido.

Viejo jinete de las grandes praderas bajo la eterna noche del anhelo, yo construí la calle o el abismo o el rayo de luz donde acabó mi infancia y me compré un espejo para poder afeitarme y un traje azul para guardarlo en el armario junto con una historia que nunca pude estrenar.

Miro mis manos desvencijadas y vacías. Cómo pudieron labrar tu rostro en el duro aire esquivo o cavar en el granito un hueco para tu alma o hacer arder la nieve en tu irresistible corazón.

Mis manos apenas dejan una sombra indecisa en la pared, la pared agujereada por un recuerdo siempre deshabitado.

EL VIAJE INCONTENIBLE

Desesperadamente y a caballo voy en busca del mar crujiente más allá de la noche.

Negra es la realidad, negro mi traje y negro el aire marino que me llama.

¿Cuándo terminará este galope? ¿Dónde estará mi casa de madera con el té de las cinco? En mi alforja han caído demasiadas nubes y acaso se me perdió el camino.

Galopé sin cesar por el mismo sendero. Sólo dos veces me detuve: uno para cantar otra para llenarme de cerveza. Y te amé, dulce sombra, bajo las enredaderas.

Tiempla amor, tu arco, lanza tu flecha, impúlsame a galopar con los ojos cerrados, rota la garganta, lejos del padre, lejos de la madre, encerrado en un nocturno laberinto sin medida.

Empiezo a comprender la historia eternamente repetida: ameba, insecto, pez, pájaro, mamífero, filósofo en la niebla, nocturno ladrón sobre un caballo en medio de la noche a la busca de un encendido mar inútil.

Y más allá la rosa, negro perfume bajo el sol del sueño.

IMAGEN FINAL

El aire galopa sin bridas ni montura, donde pone los pies no hay hierba ni recuerdo. Pero no tiene pies. Libre y sin pies galopa el aire con las crines tendidas. Tampoco tiene crines y ni siquiera cuerpo. El aire murió hace tiempo y ya no existe. Solamente ha quedado su galope. Árboles de los campos, animales de la tierra, aves del cielo respiran su galope y hacen como que viven. En el día acompañan sus corazones al compás de ese galope. En el sueño dan cuerda a la máquina de la memoria que dice el austro y el ábrego porfían mientras cae a la nieve del cielo de París. No cae la nieve, no. Ni esta el bajel encadenado al naufragio ineludible. El aire ha muerto, su galope no se escucha y la tierra es un planeta felizmente deshabitado.